

El papel de la escuela y su currículo en la reconstrucción de la memoria histórica para la paz

Néstor Aurelio Muñoz David / Institución Educativa San Bartolomé

Paz es tener presente en cada instante la igual dignidad de todos los seres humanos, capaces de crear, de inventar su destino, de no resignarse. Paz es vivir, serenamente, intensamente, sembrando cada día semillas de amor y de concordia. Paz es caminar a contraviento, todos distintos, todos unidos por valores comunes. Paz es com-padecer, com-partir, des-vivirse. Paz es transitar resueltamente desde una cultura secular de imposición y violencia a una cultura de comprensión y conciliación. Paz es, en suma, atreverse a pasar de la fuerza a la palabra.

Federico Mayor Zaragoza, presidente de la Fundación Cultura de Paz

Hoy en día, de acuerdo a las circunstancias, la escuela, más allá de reconocerse como un territorio de paz, es un lugar privilegiado para el proyecto de nación y localidad desde sus acontecimientos curriculares y cotidianos. Es decir, que se constituye en el eje articulador del pasado con el presente y con el futuro, donde la memoria se transversaliza quizá para olvidar el dolor, recordar la alegría que se tejió en la familia y entre las personas que amigablemente construían la vereda, el pueblo y la sociedad, y también de trazar con valentía y resiliencia el futuro por vivir.

El conflicto colombiano y las condiciones precarias de la mayoría de los ambientes periféricos, aunque alejados y muchas veces desconocidos, son testigos de la cruda realidad a la que se enfrentan a diario miles de personas: niños, niñas, jóvenes, hombres, mujeres y adultos, muchos de ellos nacidos en los contextos de la violencia, sin conocer en la práctica el concepto de paz. Se puede afirmar que Colombia ha estado inmersa en ambientes hostiles de conflicto y guerra, donde el conflicto interno supera los cincuenta años y arroja cifras sorprendentes en el número de víctimas, daños en las vidas humanas y en su dimensión psicosocial, pérdidas materiales y daños ambientales, secuelas que resultan muy difíciles de sanar.

El hacer el tránsito de una escuela concebida desde hace mucho tiempo como territorio de paz, aunque en la práctica no reconocida como tal, exige pensar en la escuela como un escenario de trabajo por la paz, un taller, un laboratorio, un terreno para sembrar, abordando de manera frontal procesos de aprendizaje y enseñanza, hoy llamados “enseñajes”, donde se conjugan conocimientos, actitudes, convivencia y motricidad, para que niños, niñas y jóvenes avancen de menos a más, siendo constructores e *Histores* de la sociedad o sea actores de la historia y no simplemente receptores, a su vez competentes socialmente, capaces de transformar la

realidad. En tal sentido, la escuela debe superar barreras o paradigmas, tales como: concebir la educación simple transmisora de contenidos aislados y ajenos a la realidad del contexto temporal y espacial, pensando entonces, en lo que se nos ha perdido para poderlo buscar, dejando de ser “isla” o burbuja a la orilla de los procesos sociales y comunitarios, como una especie de locura colectiva y violenta y quizá encerrada en las paredes frías y oscuras de un aula ajena en el cerco de su propio patio, impermeabilizándose de lo que acontece “afuera”; es decir, de ser totalmente ajena en relación al conflicto local, regional o nacional, bajo una marcada neutralidad respecto a las condiciones políticas, sociales, culturales, económicas y ambientales.

Para el caso del país en casi toda su geografía, sometido desde hace muchísimos años al olvido, la discriminación, las decisiones centralistas y en las últimas décadas víctima de fenómenos marcados por la violencia, como la presencia del paramilitarismo, la guerrilla, grupos de delincuencia común, narcotráfico y otros de tipo político y económico, ensañados principalmente en aquellas personas más vulnerables, en los ecosistemas que se han manchado de sangre y a la vez de petróleo, donde han caído los árboles de la selva y su gente agobiados por los cultivos de uso ilícito y toda su barbarie. Como una mancha de dolor se ha hecho presente en sus campos, lesionados por una agricultura incipiente de pan coger, azotados ahora más que nunca donde cabe el slogan doloroso, que dice: “la guerra acontece en el paraíso” y en las ciudades, no menos adoloridas por la violencia social, los cinturones de pobreza, droga, falta de una ciudadanía ética, que conllevan finalmente al olvido y a la naturalización de la guerra y de la violencia en general... pensar que actuamos así, porque así hemos actuado y han actuado nuestros mayores.

De tal manera que esa niñez y juventud han sido quienes llegan sintiendo ese dolor y llevándolo las aulas, cada día, todos los días, cada año y cada generación. Afortunadamente, en cada uno de esos pedazos de patria y de terruño se encuentra una “escuela”, con más presencia que los hospitales, puestos de salud, templos, iglesias e inclusive más que las guarniciones militares y los puestos de policía. Es allí donde desde el lenguaje cotidiano se afirma que los niños y las niñas van a aprender y a jugar y los maestros y maestras a enseñar un grupo de áreas del conocimiento. Sin embargo, la escuela de hoy debe abordar y plantear currículos pertinentes para responder a tal fin. Podría hablarse inicialmente de un currículo para la guerra antes que de un currículo para la paz; de unas pedagogías del conflicto, antes que pedagogías de la convivencia armoniosa; es decir abordar la realidad pese a

su dureza, para comprender la esencia humana compleja que hoy en día caracteriza a la sociedad y a los extremos a que se han visto abocadas las comunidades más olvidadas. Es decir, partir de la memoria y el contexto local y regional que permitan consolidar el propósito nacional.

Por ello, la educación aborda en la localidad: la historia de su gente, sus costumbres, su vestido, el utillaje, el trabajo, la espiritualidad, “los héroes cotidianos” y simples, que a la postre son las más grandes e importantes cultivadores de la semilla de la paz. Estos deben ser explorados y profundizados desde el quehacer escolar y deben sincronizarse desde el aula al parque, desde el cuaderno a la acción, donde el aprendizaje y la enseñanza interactiva rescaten la memoria como punto de partida hacia construir una cultura de paz, en atención al artículo 145 de la ley 1448 de 2011, Ley de Víctimas y Restitución de Tierras. De igual manera, en correspondencia a lo que se propone para la nueva “Cátedra de la Paz” o Ley 1732 de 2014, su Decreto reglamentario 1038 del 25 de mayo de 2015 y el posconflicto, realizando ejercicios pedagógicos de votación por la paz, alistando las condiciones y situaciones que pueden venir con un posible tratado de paz exitoso; siendo la educación el principal eje en todo este proceso del proyecto de patria, donde hombres y mujeres disfruten del bien máspreciado: la paz.

El noble propósito de la paz, necesariamente acontece desde los derechos y desde la recuperación histórica en la escuela, los campos y las ciudades de Colombia, sin distingo, sin fricciones, sin elitismos, pues “La Historia descalza” exige de todos y para todos; tal y como reza el bello fragmento de Eleanor Roosevelt (1958):

Los Derechos Humanos empiezan en los pequeños lugares, cerca de nosotros; en lugares tan próximos y tan pequeños que no aparecen en los mapas, son los lugares que conforman el mundo del individuo; la vereda donde vive; la escuela donde estudia, la fábrica, el campo, su trabajo. Esos lugares en los que cada niña, niño, mujer y hombre buscan ser iguales en las oportunidades, sin discriminación. Si esos derechos no significan nada en esos lugares, tampoco significan nada en ninguna otra parte. (ACNUDH 2004, 10).

Entonces, ¿cuál es el papel de la escuela de hoy ante lo que exige y requiere la sociedad? Sin lugar a dudas la escuela permea las dimensiones sociales, culturales, políticas, ambientales y axiológicas a través de su currículo, tanto explícito como el oculto. Por lo tanto, es preciso la revitalización del currículo desde los maestros y maestras innovadores y comprometidos en el oficio de hacer y recuperar la historia ante la crisis, a partir de currículos pertinentes y situados, didácticos, metodologías, estrategias, modelos educativos fundamentados en la gestión del riesgo, que prevean los riesgos antrópicos y naturales, buscando armonizar la vida social desde la escuela; asimismo la garantía de una educación de calidad que a su vez de manera incluyente en las políticas públicas de todos los niveles

hagan posible los elementos básicos de la calidad educativa para el tiempo y el espacio de hoy, tales como: accesibilidad (Acceso), adaptabilidad (Ambientes), asequibilidad (Recursos) y adaptabilidad (Aceptación).

De esta manera se logra la transformación de la escuela, más allá del concepto de territorio de paz, pasando de ser una burbuja aislada del contexto y se proyecta hacia la comunidad, el municipio, la región y el país, generando desde la historia local, proyectos de vida, proyectos productivos, respeto por la cultura y en general nuevas y mejores formas de vivir y convivir. Porque los grandes cambios acontecen desde las pequeñas decisiones en donde quizá con el compromiso decidido y convencido de cada uno de los integrantes de la comunidad educativa, se haga mucho por la paz, desde nuevas formas de aprender y enseñar la historia; así como planteó Eduardo Galeano, cuando dijo:

Las clases de historia eran como visitas al Museo de Cera o a la Región de los Muertos. El pasado estaba quieto, hueco, mudo. Nos enseñaban el tiempo pasado para que nos resignáramos, conciencias vaciadas, al tiempo presente: no para hacer la historia, que ya estaba hecha, sino para aceptarla. La pobre historia había dejado de respirar: traicionada en los textos académicos, mentida en las aulas, dormida en los discursos de efemérides, la habían encarcelado en los museos y la habían sepultado, con ofrendas florales, bajo el bronce de las estatuas y el mármol de los monumentos. Ojalá Memoria del fuego pueda ayudar a devolver a la historia el aliento, la libertad y la palabra. (1982, 12)

Esto, sería el papel transformador de cada escuela por más alejada que esté del centro donde se deciden y firman los acuerdos.

Ha llegado, pues, la hora en que la escuela se pregunte sobre su quehacer cotidiano, pero también sobre la calidad de lo que hace en función de lo que el contexto necesita, acudiendo a la memoria de los pueblos como parte vital del contexto, como un sistema social y cultural. Por ello en la medida que indague, preserve, socialice y revitalice lo que a su alrededor acontezca, nacen los currículos inductivos o situados, los cuales toman como base en su quehacer, las características y necesidades de la historia cotidiana, microhistoria o Historia Matria, tal y como la acuñó Luis González y González,

La palabra Matria... Como la palabra madre y sus derivados se usan frecuentemente en nuestro país en expresiones injuriosas, han caído en desuso en expresiones llanas. Sin embargo, como en la busca de un término evocador de lo opuesto a patria no di con ninguno decente, me incliné por el uso de Matria para referirme al pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, al orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre cuyo amparo, como

es bien sabido, se prolonga después del nacimiento.
(1986)

Entonces, necesariamente se requiere incorporar en la escuela el oficio de historiar, por parte de sus maestros, sus estudiantes y la comunidad generalmente anónima en el transitar del tiempo; escuchando esas historias pequeñas, donde habita la guerra y habita la paz, como un mundo a veces desconocido, inclusive por sus mismos actores, para incursionar en un mundo de reconocimiento, historia local, presente y futuro. Se trata “de ir más allá de fechas, datos, personajes, anécdotas y de adentrarnos en los qué, los por qué, los cómo y los cuándo. (...) para establecer así un pacto con el pasado y buscar una visión diferente de la historia y sus protagonistas, bajo la premisa (...) de que a la historia y a los héroes no se les regaña” (Meyer 2006, 7).

Finalmente lo anteriormente argumentado, se puede evidenciar desde las necesidades e iniciativas de la escuela, tal es el caso de la experiencia “Improntas del tiempo y voces de un pueblo que se une para enraizar la historia, la identidad y la cultura de paz”, ubicada en La Institución Educativa San Bartolomé del municipio de La Florida, Nariño, localidad de las estribaciones milenarias del Volcán Galeras. Esta surge hace varios años ante las necesidades propias del contexto, buscando responder a la construcción y desarrollo de estrategias innovadoras sobre currículos para la paz desde la memoria. Retoma como sustento lo que exige la recuperación histórica de la comunidad, la educación como sinónimo de paz y la vida misma; haciendo uso de la memoria histórica, desde el enfoque de la Historia Matria o historia descalza de los pueblos, con estrategias incluyentes y participativas como: los encuentros comunitarios denominados “Floridianidad, Museo Vivo” que son asambleas comunitarias de mandato de paz, memoria, diálogos intergeneracionales, “Encuentros de Portadores de La Memoria”, “Cuaderno Auxiliar de Noticias”, Cátedra de La Paz, creación y firma del “Gran libro de la paz”, el “Trueque de paz”, la “Vacunación de Paz”, la participación en la mesa de diálogos de La Habana (aportes virtuales), interacción en la estrategia pedagógica “La conversación más grande del mundo” y comunicación de la experiencia al Centro Nacional de Memoria Histórica 2015-2016; entre otros, liderados por grupos de estudiantes reconocidos como “HISTORES” o actores de la historia. Muchos han sido los productos, muchas las satisfacciones,

pero también no pocas las dificultades... aunque de eso se trata, de caminar, de innovar y de atreverse a hacer historia; antes que rendirse ante el olvido y ante la guerra.

Para entender el gran compromiso de los maestros y maestras de Colombia en este momento decisivo de la historia vieja y la historia nueva, del porvenir y de la evocación como puntos de partida del oficio de hacer historia, desde y hacia la historia es necesario asumir el compromiso indiscutible y el gran papel de traer al presente la memoria, para perdonar, para olvidar, para recordar, para trazar el porvenir, mientras florece en las aulas y en los corazones los maestros, de niños, niñas, jóvenes, padres de familia y sociedad en general, la esperanza y la paz deseada. Más allá de un favor al sistema, será una misión ética de toda la educación y sus actores. Por eso, acudiendo a Gandhi, que llegue el mensaje a cada uno de los seres humanos que sumados forman el cuerpo universal:

Ilumina tu rostro con una sonrisa,
y regálala a quien nunca la ha tenido,
y hazlo sonreír contigo.
Toma una chispa de sol y hazla volar
donde reina la noche e ilumínala
y haz que surjan todas las estrellas.
Toma un río de agua y haz bañar en él
a quien vive en el lodo.
Toma una lágrima, ponla en el rostro y el alma
de quien nunca ha llorado.
Toma el sentimiento mágico de la vida
y otórgalo a quien no sabe encontrarlo.
Toma la esperanza, vive en su luz
y repártela a todos.
Toma de la bondad lo más hermoso
y dónalo a quien no sabe donar.
Descubre el amor verdadero y hazlo
Conocer al mundo. (Mohandas Karamchand Gandhi)

Obras citadas

- ACNUDH (2004). *ABC: La enseñanza de los derechos humanos. Actividades prácticas para escuelas primarias y secundarias*. New York, Ginebra: Naciones Unidas.
- Galeano, Eduardo. 1982. *Memoria del Fuego I, Los Nacimientos*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Gandhi, Mohandas Karamchand. Consultado el 22 de agosto, 2017. <https://es.slideshare.net/emerita407/oracion-de-paz-ghandi>.
- González y González, Luis. 1986. "Suave matría". En *Nexos* 108. Consultado el 26 de julio, 2017. www.nexos.com.mx/?p=4701.
- Meyer, Eugenia. 2006. "El oficio de historiar". En *Revista de la Universidad de México*, 33: 6-11.